



## Capítulo 34: Quien se mueva morirá

El desinterés en los ojos de la mujer era evidente. ¿Por qué estaba allí? No lo sabía... o, mejor dicho, ocultaba sus verdaderos sentimientos para comprender si realmente era lo que quería.

Al ver esos pequeños seres insignificantes, Sapphire Agares era solo... una diosa frente a mortales idiotas.

Un recuerdo pasó ante sus ojos...

¿Te convertiste en la más fuerte? ¿O naciste siendo la más fuerte? Una mujer de ojos azules y cabello blanco la cuestionó...

"Quién sabe... nací rechazado por el mundo, por eso rechacé a la humanidad."

"Tu fuerza demuestra lo solo que estás. ¿Acaso este es el castigo que se impone al más fuerte para seguir vagando en busca de una demostración inagotable de poder?", dijo, sosteniendo un bastón mientras el reino demoníaco comenzaba a ceder y desmoronarse.

—Qué extravagante —dijo Zafiro sonriendo al tiempo que su gastada lanza caía—. Eres interesante, ya veo... Te sientes sola por ser más fuerte, ¿verdad? Ven, te enseñaré.

"Fuiste interesante", pensó Zafiro, mientras su locura se concentraba en un punto específico.





Su soledad.

Muchos te han desafiado en cuerpo y alma. No es que quisieran derrotarte, sino que buscaban reconocimiento, ¿verdad? La mujer, sonriendo, detuvo la lanza de Zafiro con valentía y sin vacilar.

"La gente te desafía a entender quiénes son, y tú personalmente los aniquilas", dijo mientras surfeaba entre las nubes mientras el cielo se abría...

—¡Qué broma! —dijo Zafiro, pateándola y arrojándola lejos...

¿Te conformas con eso? ¿Es por eso que luchas? El bastón voló hacia Zafiro, quien lo bloqueó con las manos y reapareció frente a la mujer...

"No sigo órdenes, como cuando quiero, mato si molestan y juego cuando me divierte", dijo Zafiro, lanzándose hacia atrás y tomando el bastón. "Vivo como quiero", concluyó Zafiro, lanzando el bastón con tanta fuerza que, al bloquearlo, las manos de la mujer se rompieron...

"Algún día te cansarás de esto", dijo la mujer, sonriendo al ver acercarse su fin, aunque no se arrepentía. "Quizás", dijo Zafiro antes de quitarse la vida, partiendo el cielo por la mitad y el cuerpo de la mujer, convirtiéndolo en polvo brillante...

"Espero encontrarte de nuevo, Honorable Mujer", pensó Zafiro, volviendo a la realidad donde se encontraba frente a los hombres de fe...

—Mi señora, ¿se encuentra bien? —preguntó Viola al ver que Zafiro se quedó quieto unos segundos, suficiente para preocuparse, ¡estaba frente a los enemigos!





"Oh... tuve un flashback", dijo Zafiro, haciendo que la cara de Viola casi se rompiera; su expresión era hilarante!

¡Loca! ¡Demente! ¡Delirante! ¡Enfermiza! ¡Engañosa! —gritó, maldiciendo a su ama de todas las maneras posibles para desahogar su ira. ¡Su vida también estaba en peligro!

«Supongo que tenía razón... estos gusanos me agotan», pensó Zafiro mientras analizaba a los dos hombres frente a ella... «¿Qué pérdida de tiempo».

Su expresión cambió al llevarse la mano a la barbilla. "¿Qué hago contigo?", preguntó en voz alta, como si...

¡Maldita sea! ¿Acaso está jugando con nuestras vidas? —pensó Gordon.

«¡Mi vida está en manos de una pelirroja guapísima!», pensó Lariet... bueno, era un idiota.

"Debería retirarme..." pensó Adrián al ver como nada le importaba a esta mujer frente a él...

El tiempo pareció detenerse... Solo para Zafiro. Para ellos, era una tensión interminable, sin saber cuándo terminaría, ¡y esta mujer no ayudaba! Hacía muecas como si intentara hacerlos reír, pero si reían... ¡morirían!

—Probablemente ni siquiera se da cuenta de esto... —murmuró Viola, era casi divertido ver el sudor de los humanos gotear con cada segundo de silencio que pasaba...





¡Ay! ¡Por Dios, acaben con esto de una vez! Gordon no pudo soportarlo más, rompió el silencio y finalmente gritó, viendo que esto no llevaba a ninguna parte; si iba a matarlos, ¡que lo hiciera ya!

"Uááá", bostezó Zafiro, mirando al hombre. Ya había analizado a Lariet; ahora, al ver a Gordon, no pudo evitar suspirar de nuevo. Le gustaba la gente con talento, pero ¿por qué siempre...? Con solo una mirada, podía saber que la mayoría de los hombres tenían un potencial negativo, ¿qué tan malo podía ser? ¡Olía a basura! Para ella, este hombre ni siquiera estaba calificado para respirar el mismo aire que ella.

—Cachorro, cállate, ¿vale? Solo hablo con tu dueño —dijo con naturalidad.

"T-tú-" Antes de que pudiera continuar, un hilo de desesperación recorrió su cuello; sentía el peligro, pero...

¡Auge!

—Estás peor que de costumbre —dijo Adrián, deteniendo el ataque de la mujer con las manos... Perdiendo un brazo por el impacto.

—Tsk, odio tratar con hombres de dios —murmuró Zafiro al ver que la energía sagrada lo había protegido—. Humanos inútiles que dependen de artefactos... —maldijo.

Gordon se quedó completamente sin palabras; ni siquiera pudo emitir un gruñido, simplemente estaba... meándose de miedo.





"Eres más fuerte", comentó Zafiro. "Nunca dejé de entrenar", dijo Adrián con dulzura y una sonrisa. Recibir semejantes elogios de ella era realmente digno de admiración.

Un momento de silencio pasó entre Adrián y Zafiro.

Al poco rato, Adrian volvió a suspirar. No sabía cuántas veces había suspirado ese día: «Lamento lo que hizo mi subordinado, será castigado. Por favor, ¿puedes irte como si nada hubiera pasado?».

La sonrisa de Zafiro se ensanchó. "El pacto se rompió por tu incompetencia. Sinceramente, me importan un bledo las zorras de Sitri y Baal, pero aquí estamos. ¿Por qué, cachorro?", le preguntó a Gordon...

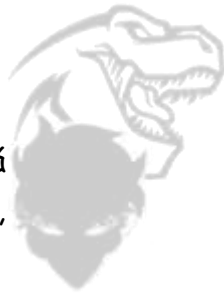
"YY-Tu hija estaba allí..." Dijo, temblando de miedo. "Parece que alguien está muy bien informado. Así que, no nos precipitemos... Dime con sinceridad, ¿cuántas veces he venido personalmente a castigarte?", preguntó ella.

No era la primera vez, ni la segunda, ni la tercera... Había venido tantas veces que conocía el camino, incluso sabía cómo romper el obelisco para hacerlo caer en forma de trono...

"Maldita sea..." murmuró Lariet...

"Entonces no me dejaste otra opción...", dijo Adrian mientras sus ojos empezaban a brillar con un brillo dorado. Poco a poco, un aura dorada empezó a cubrir su cuerpo.

"Lo siento, hoy no", dijo Zafiro mientras su aura se extendía por toda el área, todo el Vaticano sintió el calor que emanaba de la fuerza bruta de la mujer.





Zafiro tenía una visión absolutamente arrogante y egocéntrica. Siempre creyó que podría alcanzar la encarnación suprema de la fuerza y el poder.

El concepto de "ser la más fuerte" para Zafiro era claro y directo: se consideraba invencible, inigualable y cualquiera que se atreviera a desafiarla o ponerse como su igual era despreciable a sus ojos.

Zafiro creía que el mundo sigue una jerarquía natural donde los fuertes gobiernan y los débiles no son más que simples obstáculos que superar o destruir. Valoraba la fuerza por encima de todo y no mostraba ningún interés por la moral, la justicia ni la compasión. Para ella, la verdadera esencia de la fuerza reside en la capacidad de subyugar y eliminar a cualquier oponente sin vacilar.

Y si puede hacerlo de un solo golpe... Entonces lo hará, con todo lo que tiene...

No podían moverse, al menos no intentarlo... Después de todo, el aura demoníaca devastadora los hizo congelar, pero ella los liberó ligeramente...

"Que nadie se mueva... los que se muevan morirán", dijo con una sonrisa, sádicamente, ya no solo jugando con la vida de estos tres, sino con la de todos los que estaban a su alrededor...

La sonrisa de Zafiro se ensanchó aún más; un brillo salvaje bailó en sus ojos. El aire a su alrededor parecía vibrar con la energía pura que emanaba de su cuerpo. Con un movimiento lento, casi perezoso, levantó una mano hacia el cielo, como si tocara la esencia misma del universo. La luz se intensificó, formando remolinos de fuego.

"¿De verdad crees que puedes meterte con mi hermosa hija, ¿eh?" Su voz sonaba tranquila, casi seductora, pero cargada de una malicia devastadora.





Viola, de pie junto a ella, sintió una oleada de desesperación que la envolvía. Algo monstruoso estaba a punto de suceder. Las nubes comenzaron a arremolinarse, una inexplicable concentración de energía formó un vórtice en el cielo oscuro, abriéndose para revelar una intensa luz rojiza.

—¡iiiAma! ¡¿Se ha vuelto loca?! —gritó Viola para sus adentros, observando cómo la mujer sonreía con el cabello brillante... no por la luna, sino... por lo que oscurecía la vista sobre ella... un resplandor rojo...

—Tu desgracia será rápida, pero durará para siempre en tu memoria... durante unos segundos —susurró Zafiro con una sonrisa aguda.

Bajó el brazo lentamente, como dando permiso al cosmos para descender. El resplandor rojo del cielo se intensificó, y el suelo tembló bajo los pies de los hombres de fe, quienes de alguna manera sabían que nada más importaba.

Un meteorito de tamaño significativo, con llamas puras y violentas, atravesó el cielo sobre ellos.

Gordon, Lariet y Adrian alzaron la vista, paralizados. El meteorito llegó como un presagio de fatalidad; su enorme masa lo quemó todo a su paso, iluminando el Vaticano como si el mismísimo infierno hubiera sido convocado para destruir el lugar sagrado.

"Deberías haber corrido cuando bostecé", murmuró con una sonrisa fría y despiadada.

El impacto fue inminente.







El viento comenzó a azotar la zona, arrastrando todo a su alrededor mientras el vórtice de arriba rugía.

La presión del meteorito se intensificó, creando ondas de choque en el suelo.

Los ojos de Zafiro brillaron intensamente mientras el meteorito se acercaba, como si todo el caos estuviera en perfecta sincronía con su propia esencia.

Adrián intentó moverse, desesperado, pero sus piernas no le obedecían. Estaba atrapado, paralizado por el terror absoluto de la situación, sintiéndose como un insecto bajo la mirada de una diosa implacable.

Cuando el meteorito estaba a meros milisegundos de su destino, Sapphire dejó escapar una última risa baja y cruel, su cabello ardiendo a la luz del cataclismo inminente, y desapareció, sosteniendo a Viola como un saco de papas.



Luego, el impacto.

El suelo se estremeció violentamente cuando el meteorito impactó contra la tierra, liberando una explosión de pura fuerza destructiva que arrasó con todo a su paso. Los edificios sagrados se desintegraron, y trozos de tierra se levantaron como si la tierra misma huyera del poder abrumador que descendía sobre ellos.

Un cráter de 200 metros de ancho se formó en el corazón del Vaticano.

Apareció al otro lado de la ciudad, en lo alto de una torre de reloj lo suficientemente alta como para contemplar la magnitud del caos. No quedaban más que escombros y más escombros. Observó con satisfacción, como si



contemplara una obra de arte en movimiento. La destrucción absoluta que había causado la complacía enormemente.

—Qué delicia —murmuró suavemente, mirando el vacío dejado por el impacto, donde una vez hubo hombres de fe, ahora solo quedaban escombros y cenizas.

